 Tiempo de lectura: 11 min.

(continuación del artículo anterior)

Capítulo VII. María favorece a los que trabajan por la fe; mientras que Dios castiga a los que ultrajan a la Santísima Virgen.

Hubo un tiempo en que los emperadores de Constantinopla llevaron a cabo una violenta persecución contra los católicos por venerar las imágenes sagradas. Entre ellos estaba León el Isaurio. Con el fin de abolir por completo el culto, mataba y encarcelaba a todo aquel que fuera denunciado por venerar imágenes o reliquias de santos y, especialmente, de la Santísima Virgen. Para engañar al pueblo sencillo, convocó a algunos obispos y abades y, a fuerza de dinero y promesas, les indujo a establecer que no debían venerarse las imágenes de Jesús crucificado, ni de la Virgen, ni de los Santos.

Pero en aquellos tiempos vivía el docto y célebre San Juan Damasceno. Para combatir a los herejes y también para dar un antídoto en manos de los católicos, Juan escribió tres libros en los que defendía el culto a las santas imágenes. Los iconoclastas (como se llamaba a aquellos herejes que despreciaban las imágenes sagradas) se sintieron muy ofendidos por estos escritos, por lo que le acusaron de traición al príncipe. Dijeron que había enviado cartas firmadas de su puño y letra para romper la alianza que mantenía con príncipes extranjeros, y que con sus escritos perturbaba la tranquilidad pública. El crédulo emperador empezó a sospechar del santo y, aunque era inocente, lo condenó a que le cortaran la mano derecha.

Pero esta traición tuvo un desenlace mucho más feliz de lo que él esperaba, pues la Santísima Virgen quiso recompensar a su siervo por su celo hacia Ella.

Al caer la tarde, San Juan se postró ante la imagen de la Madre de Dios, y suspirando oró durante casi toda la noche y dijo: Oh Virgen Santísima, por mi celo por ti y por las santas imágenes me cortaron la mano derecha, ven, pues, en mi ayuda y permíteme seguir escribiendo tus alabanzas y las de tu hijo Jesús. Diciendo esto, se durmió.

En sueños vio la imagen de la madre de Dios que le miraba feliz y le decía: He aquí que tu mano está curada. Levántate, pues, y escribe mis glorias. Cuando se despertó, encontró realmente su mano curada unida a su brazo.

Cuando se difundió la noticia de tan gran milagro, todos alabaron y glorificaron a la Santísima Virgen, que tanto recompensa. Virgen que tan ricamente

recompensa a sus devotos que sufren por la fe. Pero algunos enemigos de Cristo quisieron afirmar que la mano no le había sido cortada a él, sino a uno de sus servidores, y dijeron: “¿No veis que Juan está en su casa cantando y divirtiéndose como si estuviera celebrando una fiesta de bodas? Así que Juan fue detenido de nuevo y llevado ante el príncipe. Pero he aquí un nuevo prodigio. Mostrando su mano derecha, se veía en ella una línea brillante, que demostraba que la amputación era cierta.

Asombrado por este prodigio, el príncipe le preguntó qué médico le había devuelto la salud y qué medicina había utilizado. Entonces narró en voz alta el milagro. Es mi Dios -dijo-, el médico todopoderoso que me ha devuelto la salud. El príncipe mostró entonces arrepentimiento por el mal que había hecho, y quiso elevarle a grandes dignidades. Pero el Damasceno, reacio a las grandezas humanas, amaba más la vida privada, y mientras vivió, empleó su genio en escribir y publicar sobre el poder de la augusta Madre del Salvador (véase Juan Patriarca de Jer. Baronio en el año 727).

Si Dios concede a menudo gracias extraordinarias a quienes promueven las glorias de su augusta Madre, no pocas veces castiga terriblemente incluso en la vida presente a quienes la desprecian a Ella o a sus imágenes.

Constantino V Coprónimo, hijo de León el Isaurio, ascendió al trono de su padre en tiempos del sumo pontífice San Zacarías (741-75). Siguiendo las impiedades de su padre, prohibió invocar a los santos, honrar las reliquias e implorar su intercesión. Profanó iglesias, destruyó monasterios, persiguió y encarceló monjes, e invocó con sacrificios nocturnos la ayuda de los propios demonios. Pero su odio se dirigía especialmente contra la Santa Virgen. Para confirmar lo que decía, solía llevar en la mano una bolsa llena de monedas de oro, y la mostraba a los que le rodeaban, diciendo: ¿Cuánto vale esta bolsa? Mucho, dijeron. Tirando el oro, volvió a preguntar cuánto valía la bolsa. Cuando le respondieron que no valía nada, tan pronto retomaba aquel impío, así es de la Madre de Dios; por aquel tiempo, que llevó a Cristo en su seno, era muy honrada, pero desde el punto en que dio a luz nada difiere de las demás mujeres.

Estas enormes blasfemias merecieron ciertamente un castigo ejemplar que Dios no tardó en enviar al impío blasfemo.

Constantino V Coprónimo fue castigado con vergonzosas dolencias, con úlceras que se convirtieron en pústulas ardientes, que le hacían lanzar agudos gritos, mientras una fiebre ardiente le devoraba. Así, jadeando y gritando como si se estuviera quemando vivo, exhaló su último aliento.

El hijo siguió los pasos de su padre. Le gustaban mucho las gemas y los diamantes, y al ver las numerosas y hermosas coronas que el emperador Mauricio

había dedicado a la Madre de Dios para adornar la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla, hizo que se las quitaran y se las pusieran en la cabeza y la llevó a su propio palacio. Pero en el mismo instante su frente se cubrió de carbuncos pestíferos, que aquel mismo día llevaron a la muerte a quien se atrevió a meter su mano sacrílega contra el ornamento de la cabeza virginal de María (véase Teófanes y Nicéforo contemporáneos. Baronio anales eclesiásticos. 767).

Capítulo VIII. María protectora de los ejércitos que luchaban por la fe.

Mencionemos ahora brevemente algunos hechos relativos a la protección especial que la santa Virgen ha dispensado constantemente a los ejércitos que luchan por la fe.

El emperador Justiniano recuperó Italia, que había estado oprimida por los godos durante sesenta años. Narses, su general, fue advertido por María cuando debía tomar el campo de batalla y nunca tomó las armas sin sus asentimientos. *(Procopio, Evagrio, Nicéforo y Pablo Diácono. Baronio al año 553*).

El emperador Heraclio obtuvo una gloriosa victoria contra los persas y se apoderó de su rico botín, informando del próspero resultado de sus armas a la Madre de Dios a quien se había encomendado. (*Inst. griega art. 626*).

El mismo emperador triunfó de nuevo sobre los persas al año siguiente. Un espantoso granizo lanzado sobre el campamento de los enemigos los derrotó y los puso en fuga. (*Ist. Graeca*).

La ciudad de Constantinopla volvió a ser liberada de los persas de la manera más prodigiosa. Mientras duraba el asedio, los bárbaros vieron salir de la puerta de la ciudad al amanecer a una noble matrona escoltada por un séquito de eunucos. Creyendo que era la esposa del emperador que se dirigía a su marido para pedirle la paz, la dejaron pasar. Cuando la vieron dirigirse al emperador, la siguieron hasta un lugar llamado la Piedra Vieja, donde desapareció de su vista. Entonces se produjo un tumulto entre ellos, lucharon entre sí, y tan terrible fue la matanza que su general se vio obligado a levantar el sitio. Se cree que aquella matrona era la Santísima Virgen. (Baronio).

La imagen de María llevada en procesión alrededor de las murallas de Constantinopla liberó a esta ciudad de los moros que la tenían sitiada desde hacía tres años. Ya el jefe enemigo, desesperado de la victoria, suplicó que se le permitiera entrar y ver la ciudad, prometiendo no atreverse a ninguna violencia. Aunque sus soldados entraron sin dificultad, cuando su caballo llegó a la puerta conocida como el Bósforo, no hubo forma de hacerlo avanzar. Entonces el bárbaro levantó la vista y vio en la puerta la imagen de la Virgen que había blasfemado

poco antes. Entonces dio media vuelta y tomó el camino hacia el mar Egeo, donde naufragó. (Baronio año 718).

Ese mismo año, los sarracenos se levantaron en armas contra Pelagio, Príncipe de los Astures. Este piadoso general recurrió a María y los dardos y rayos que le lanzaron se volvieron contra los enemigos de la fe. Veinte mil sarracenos fueron aniquilados y sesenta mil perecieron sumergidos en las aguas. Pelagio y los suyos se habían refugiado en una cueva. Agradecido a María por la victoria obtenida, construyó en la cueva un templo a la Santísima Virgen. (Baronio).

Andrés, general del emperador Basilio de Constantinopla, derrotó a los sarracenos en el año 867. En este conflicto, el enemigo había insultado a María escribiendo a Andrés: Ahora veré si el hijo de María y su madre pueden salvarte de mis armas. El piadoso general tomó el insolente escrito, lo colgó en la imagen de María diciendo: Mira, oh Madre de Dios: mira, oh Jesús, qué insolencia pronuncia este arrogante bárbaro contra tu pueblo. Habiendo hecho esto, monta su arco, desafiando al combate, comienza una sangrienta masacre de todos sus enemigos. (Curopalate ann. 867).

En el año 1185, el Sumo Pontífice Urbano II puso las armas de los cruzados bajo los auspicios de María, y Goffredo Buglione al frente del ejército católico liberó los santos lugares del dominio de los infieles.

Alfonso VIII, rey de Castilla, consiguió una gloriosa victoria sobre los moros llevando en sus estandartes la imagen de María en el campo de batalla. Doscientos mil moros permanecieron en el campo. Para perpetuar el recuerdo de este acontecimiento, España celebraba cada año, el 16 de julio, la fiesta de la Santa Cruz. El estandarte en el que estaba impresa la imagen de María, que había triunfado sobre los enemigos, se conserva aún en la iglesia de Toledo. (Ant. de Balimghera).

Alfonso IX, rey de España, también derrotó a doscientos mil sarracenos con la ayuda de María (el mismo día de 21 de junio).

Jaime I, rey de Aragón, arrancó a los moros tres reinos muy nobles y derrotó a diez mil de los suyos. En agradecimiento por esta victoria, erigió varios templos a María. (el mismo día de 21 de julio).

Los Carnotesi, asediados en su ciudad por una banda de corsarios, desplegaron en un asta, a modo de estandarte, una parte del manto de María que Carlos Calvo había traído de Constantinopla. Los bárbaros, tras lanzar sus dardos contra esta reliquia, quedaron repentinamente cegados y ya no pudieron escapar. Los devotos carnotenses tomaron las armas y los masacraron.

Carlos VII, rey de Francia, acorralado por los ingleses, recurrió a María, y no sólo pudo derrotarlos en varias batallas, sino que liberó a una ciudad del asedio y

sometió a muchas otras a su dominio. (Lo mismo el 22 de julio).

Felipe el Hermoso Rey de Francia sorprendido por sus enemigos y abandonado por los suyos recurrió a María y se encontró rodeado de una prodigiosa hueste de guerreros dispuestos a luchar en su defensa. En poco tiempo treinta y seis mil enemigos son derrotados, los demás se rinden como prisioneros o huyen. Agradecido por tal triunfo a María, le erigió un templo y allí colgó todas las armas que había utilizado en aquel conflicto. (el mismo 27 de agosto).

Felipe Valesio, rey de Francia, derrotó a veinte mil enemigos con un puñado de hombres. Volviendo triunfante ese mismo día a París, se dirigió directamente a la catedral dedicada a la Virgen María. Allí ofreció su caballo y sus armas reales a su generosa Auxiliadora. (el mismo 23 de agosto.).

Juan Zemisca, emperador de los griegos, derrotó a los búlgaros, rusos, escitas y otros bárbaros, que sumaban trescientos treinta mil y amenazaban el imperio de Constantinopla. La Santísima Virgen envió allí al mártir San Teodoro, que apareció montado en un caballo blanco y rompió las filas enemigas; con lo cual Zemisca construyó un templo en honor de San Teodoro e hizo llevar en triunfo la imagen de María. (Curopalatino).

Juan Comneno, ayudado por la protección de María, derrotó a una horda de escitas y, en recuerdo del acontecimiento, ordenó una fiesta pública en la que la imagen de la Madre de Dios fue llevada triunfalmente en un carro acolchado de plata y gemas preciosas. Cuatro caballos muy blancos conducidos por los príncipes y parientes del emperador tiraban del carro; el emperador caminaba a pie llevando la cruz. (Niceta en sus Anales).

Los ciudadanos de Ipri, asediados por los ingleses y reducidos al extremo, recurrieron con lágrimas a la ayuda de la Madre de Dios, y María apareció visiblemente para consolarlos y poner en fuga a los enemigos. El acontecimiento tuvo lugar en 1383 y el pueblo de Chipre celebra cada año el recuerdo de su liberación con una fiesta religiosa el primer domingo de agosto. (Maffeo lib. 18, *Cronaca Univers*.).

Simón conde de Monforte con ochocientos jinetes y mil infantes derrotó a cien mil albigenses cerca de Tolosa. (Anales de Bzovio año 1213).

Vladislao, rey de Polonia, puso sus armas bajo la protección de la Virgen María, derrotó a cincuenta mil teutones y llevó sus restos como trofeo a la tumba del mártir San Estanislao. Martin Cromerus en su historia de Polonia dice que este santo mártir fue visto, mientras duró la batalla, vestido con ropas pontificias en el acto de animar a los polacos y amenazar a sus enemigos. Se cree que este santo obispo fue enviado por la Virgen para ayudar a los polacos, que se habían encomendado a María antes de la batalla.

En el año 1546, los portugueses asediados por Mamudio, rey de las Indias, invocaron la ayuda de María. El enemigo contó más de sesenta mil hombres muertos en la guerra. El asedio duraba ya siete meses y estaba a punto de rendirse, cuando una repentina consternación invadió a los enemigos. Una noble matrona, rodeada de un esplendor celestial, apareció sobre una pequeña iglesia de la ciudad y brilló con tal luz sobre los indios que éstos ya no pudieron distinguir a unos de otros y huyeron a toda prisa. (Maffeo lib. 3 Hist. de las Indias).

En el año 1480, mientras los turcos luchaban contra la ciudad de Rodas, ya habían conseguido plantar sus estandartes en las murallas, cuando apareció la Santísima Virgen armada con un escudo y una lanza, con el precursor San Juan Bautista y una hueste de guerreros celestiales armados. Entonces los enemigos se liberaron y se masacraron unos a otros. (Santiago Bosso *Santo de los Caballeros de Rodas*).

Maximiliano, duque de Baviera, redujo a una horda de herejes rebeldes austriacos y bohemios. En el estandarte de su ejército, hizo inscribir la efigie de la Virgen María con las palabras: Da mihi virtutem contro hostes tuos. Dame fuerza contra tus enemigos. (Jeremías Danelio. *Trimegisti cristiani* lib. 2 cap. 4, § 4).

Arturo, rey de Inglaterra, al llevar la imagen de María en su escudo se hizo invulnerable en la batalla; y el príncipe Eugenio con nuestro duque Víctor Amadeo, que la llevaban en el escudo y en el pecho, con un puñado de hombres valerosos derrotaron al ejército francés de 80.000 hombres bajo Turín. La majestuosa Basílica de Superga fue erigida por el citado Duque, entonces Rey Víctor Amadeo, en señal de gratitud por esta victoria.

(continuación)